

ECUADOR DEBATE 110

Quito-Ecuador • Agosto 2020

ISSN 2528-7761 / ISBN 978-9942-963-54-3

PRESENTACIÓN	3/6
COYUNTURA	
• Pandemia y economía en la coyuntura electoral <i>Julio Echeverría</i>	7/18
• Conflictividad socio-política: Marzo–Junio/2020	19/24
TEMA CENTRAL	
• Un país conectado a un respirador: Ecuador y la crisis provocada por el COVID-19 <i>Luis Castro y Jaime Fernández</i>	25/60
• La epidemia actual del coronavirus y sus aspectos sociales y culturales <i>H. C. F. Mansilla y Erika J. Rivera</i>	61/76
• Perú: la Pandemia, la dicotomía Economía-Vida y el no retorno a la normalidad <i>Hugo Cabieses Cubas</i>	77/94
• <i>It's Always Been Business First</i> : Breve análisis del discurso de las organizaciones empresariales españolas y chilenas ante las políticas para frenar el impacto del COVID-19 <i>Alejandro Osorio Rauld y José Reig Cruaños</i>	95/112
• La economía mundial, la pandemia y las perspectivas <i>Oscar Ugarteche, Alfredo Ocampo y Carlos de León</i>	113/131
• Una mirada crítica sobre las tecnologías de red en tiempos de pandemia <i>Peter Bloom y Loreto Bravo</i>	133/144
DEBATE AGRARIO RURAL	
• El mercado agroalimentario ecuatoriano: hacia un programa de investigación <i>Patric Hollenstein</i>	145/159
ANÁLISIS	
• El actual pensamiento liberal-democrático en la filosofía política y las ciencias sociales bolivianas <i>Erika J. Rivera</i>	161/178

- La Ciencia Física Decimonónica en Ecuador y la promesa de abundancia 179/197
Estefanía Carrera

RESEÑAS

- La utopía del oprimido. Los derechos de la Pachamama (naturaleza) y el Sumak Kawsay (buen vivir) en el pensamiento crítico, el derecho y la literatura 199/202
- Trazos de sangre y fuego. Bionecropolítica y juvenicidio en América Latina 203/206

RESEÑAS

La utopía del oprimido.

Los derechos de la Pachamama (naturaleza) y el Sumak Kawsay (buen vivir) en el pensamiento crítico, el derecho y la literatura

Ramiro Ávila Santamaría

México: Akal / Inter pares. Serie Ayer, hoy, mañana

Pablo Ospina Peralta

Ramiro Ávila ha escrito un libro que me hubiera gustado tener la osadía, el talento y la inteligencia para escribir yo. Me honra que me haya pedido comentarlo desde el punto de vista de la utopía. Seguramente una de las razones del encargo fuera que hace una década descubrí los trabajos de Erik Olin Wright y bajo su poderoso influjo participé en la organización de una serie de talleres llamados “utopías viables” que exploraban de qué manera podríamos imaginar una sociedad deseable que luciera al menos factible. El contexto de esos talleres era transparente: acababa de instalarse en Carondelet un gobierno que enarbolaba un discurso radical que prometía acercarnos algunos pasos en la dirección de esa sociedad deseable y factible. Luego de un breve comienzo auspicioso, la verdad es que no nos gustó nada el camino en el que nos embarcaron. Pero nos lucía insuficiente solo criticar, ¿cómo podía ser de otra manera? Nunca esperamos que Alianza País hiciera las grandes transformaciones revolucionarias que prometía en su retórica vacía y grandilocuente; no era

un problema de “profundidad” o “radicalidad” del cambio sino que la brújula que teníamos a mano nos indicaba que íbamos en una dirección errada; a veces con lentitud y a veces más rápido, pero en otra dirección. Le pasé los textos de Wright a Ramiro y quedó encantado. Quienes lean este libro atractivo y sugerente encontrarán varias citas de este autor desfilando por sus páginas tan llenas de bibliografía relevante.

En el libro de Ramiro, pasean con generosa y ecuménica benevolencia tanto pensadores marxistas medianamente ortodoxos, como David Harvey o Bolívar Echeverría, con los íconos del pensamiento poscolonial, Catherine Walsh, Walter Mignolo o Arturo Escobar. Esos autores no esconden sus discrepancias ni ahorran sus críticas entre sí. Ramiro los abraza a todos. Tengo un texto mío con una crítica a la extendida idea de que la modernidad, que implica la radical separación entre naturaleza y cultura, que está citado en varios pasajes del libro, pero en el argumento, con esa lúcida hospitalidad que Ramiro despliega, elude las diferencias para buscar siem-

pre lo que pueden tener de valioso o útil para construir una alternativa en la que quepan todos. En lo que sigue de la reseña, me permito hacer una breve reflexión sobre un problema que veo en la forma en que se despliega la propuesta de utopía que emana de este hermoso libro. Estamos en la misma orilla anti-sistémica y por eso estoy seguro que nos merecemos esta discusión no solo con la amistad por delante, sino también con la seguridad de que queremos remar contra la misma corriente de un mundo cuyas leyes de funcionamiento nos repugnan.

¿Cómo presentar sintéticamente la tensión que recorre el ideal utópico del oprimido tal como nos lo presenta Ramiro en su libro? La propuesta del *Sumak Kawsay* se entiende como una “modernidad barroca” porque la “modernidad hegemónica” nos promete más de lo mismo mientras que, el “indigenismo pachamamista”, idealiza las sociedades llamadas tradicionales ocultando o minimizando lo que tienen de imposición (2019: 290-301). ¿Cómo se describe esta modernidad barroca que está en el corazón de la utopía deseable? Para entender su significado, Ramiro nos propone una lectura de *El Reino de este mundo*, de Alejo Carpentier. El protagonista de la novela, Ti Noel, igual que todos los luchadores, podían convertirse en animales: “Los esclavos tenían [...] una religión secreta que los alentaba y solidarizaba en las rebeldías” (2019: 243). “Los oros del barroco, las cabelleras humanas de los Cristos, el misterio de los confesionarios recargados de molduras, el can de los dominicos, el cerdo de San Antón, el color quebrado de San Benito, las Vírgenes

negras [...] tenían una fuerza envolvente, un poder de seducción, por presencias, símbolos, atributos y signos, parecidos al que se desprendía de los altares consagrados a Damballah, el Dios Serpiente” (2019: 243). Paulina Bonaparte, “Convencida del fracaso de los médicos, [...] escuchaba entonces los consejos de Solimán, que recomendaba sahumerios de incienso, índigo, cáscaras de limón y oraciones que tenían poderes extraordinarios” (2019: 243).

Es posible que estos elementos de la descripción calcen en una cierta idea de lo barroco. Pero ¿qué es exactamente lo que nos hace llamarlo “modernidad”? El texto tiene un capítulo entero dedicado a las fechorías de la modernidad hegemónica; y al ponerle apellido, deja entrever que hay algo rescatable en alguna otra modernidad. Pero cuando nos la describe, no hay espacio para saber qué es lo aceptable en lo “moderno”. Fuera de la afirmación general por la modernidad barroca, el texto se decanta en la práctica, una y otra vez, por las sociedades del pasado, por la vivencia de las comunidades indígenas, por la pureza del mundo rural, por la filosofía del inkario, tal como se la reconstruye en la *chakana* de Santa Cruz Pachacutik, el famoso cronista indígena del siglo XVIII.

En la búsqueda de ese “algo” rescatable en lo moderno podríamos quizás recoger el planteamiento de José Comblin, uno de los más importantes teólogos de la liberación. Para él, Jesús no había venido a fundar una religión. Porque Jesús fue un revolucionario, un inconformista, un rebelde anti-sistémico. Y toda religión es conservadora porque sacraliza el mundo, y al hacerlo, al volverlo una creación divina, lo vuelve in-

modificable. La idea moderna de que estamos en el mundo para hacer nuestras propias reglas y gobernarnos por ellas, y que las podemos cambiar porque fueron hechas por otros seres humanos, es quizás un ejemplo de elementos que podríamos retomar de la modernidad.

Pero esa idea moderna quizás nos lleva por los filos de un precipicio: la modernidad es, como diría Marshall Berman, una destrucción creativa perpetuamente renovada, donde “todo lo sólido se desvanece en el aire” (Marx), un vértigo de transformaciones constantes donde nos sumergimos porque no podemos ni queremos vivir estáticos, congelados en alguna tradición pretendidamente inmóvil. Ese cambio, esa destrucción, esa flagelación de las leyes perpetuamente recibidas y puestas en cuestión, entraña riesgos, pérdidas irreparables, cosas hermosas que desaparecen junto con venerables relaciones jerárquicas eternamente desafiadas. ¿Podemos separar lo rescatable y protegerlo, impedir que perezca junto con lo despreciable? Queremos hacerlo y muchas veces no podemos: pero tampoco queremos detener el cambio. Si toda cultura es inconmensurable e igualmente valiosa frente a cualquier otra, ¿por qué lucharíamos por una cultura mejor? La vivencia de esa tragedia de la modernización es lo que Marshall Berman llama modernidad; el arte modernista sería la expresión estética de esa vivencia. Agustín Cueva, en su lectura de *Cien Años de Soledad*, decía que la maestría vigorosa de Gabriel García Márquez era precisamente que “podría ser interpretada como la mirada nostálgica que ciertos estratos urbanos echan sobre su ori-

gen precitadino. No es un azar que esta famosa novela haya surgido en el exacto momento en que América Latina se convertía en una sociedad predominantemente urbana, y cuando la hegemonía acentuada del capitalismo creaba formas cada vez más complejas y problemáticas de existencia. Como tampoco es casual que esta nostalgia de una “infancia” social míticamente sencilla y transparente haya producido la novela más diáfana del siglo” (Cueva, 1993: 53). Esa tensión constitutiva de la modernidad, nos impulsa a la lucha, le da forma a nuestros anhelos, le ofrece un contrapunto trágico y agonístico a sus resultados. Ni volver al pasado ni despreciarlo. ¿Hay alguna solución ante este repetido dilema?

Creo que la propuesta de Ramiro se inclina indebidamente por el pasado, por el mundo rural e idílico, y lo fija en la ideología de la armonía, el equilibrio y la complementariedad. ¿Hay alguna otra opción? Termino con una propuesta. Ninguna sociedad indígena, pobre, negra o desposeída del pasado o del presente, es una alternativa “en sí misma”; es decir, no debemos verlas como un modelo utópico de sociedad. En palabras del hermoso libro de Alberto Flores Galindo, también citado en el libro de Ramiro, deberíamos dejar de buscar un inka. ¿Dónde están las semillas del orden utópico alternativo del oprimido? Pues, precisamente, en su lucha contra la opresión. Lo que vuelve alternativo al mundo indígena no es que las sociedades que crearon sean mejores, sino que desde la hecatombe de la conquista han enarbolado la resistencia frente a la discriminación, el racismo, y el desprecio dominantes. En esa lucha,

nos enseñan cómo debemos denunciar las opresiones coloniales y tratar de desmontarlas. Las mujeres no son mejores que los varones por alguna condición intrínseca que las acerque a la naturaleza o las vuelva más verdaderas y menos mentirosas, sino porque hoy por hoy, en las condiciones dadas, son la punta de proa de la lucha contra la opresión patriarcal. Son mejores cuando y porque luchan contra una forma específica de opresión, y al hacerlo, nos señalan qué podemos hacer para desembarazarnos de ella. Las víctimas de la opresión suelen ser más lúcidas y consecuentes en su lucha contra la dominación que sus beneficiarios. En cada una de las múltiples formas de dominación y en cada intento de resistírsele hay que separar la

paja del trigo: hay otras opresiones presentes en las sociedades indígenas o en las familias monoparentales de jefatura femenina, contra las que también hay que luchar y encontrar alternativas. En esa lucha, que es conflicto y agonía, alegría y ceguera, lucidez y muchas veces reinvencción de nuevas opresiones, hay una condición moderna que abraza el cambio perpetuo y que reivindica, al mismo tiempo, barrocamente, que no todo el pasado merece el olvido. Ramiro nos ha ofrecido un iluminador y hermoso testimonio de esa búsqueda, en la que pido pasaje para acompañarlo, cargado de todas las convicciones profundas que compartimos y de las limitaciones humanas que nos acechan y reconocemos.